

ACTO TERCERO

El gran salón de respeto en el palacio de los duques. Las paredes con tapices y cuadros y los muebles suntuosos sin un solo objeto moderno.

A la derecha, una ventana abierta.

Es de noche. Las bombillas eléctricas adosadas a lámparas antiguas.

Las señoras, escotadas; los hombres, smoking.

ESCENA PRIMERA

DIEGO y AUGUSTO sentados separadamente

DIEGO.—¡Bien! ¡Muy bien!... ¡Vaya una tarde agradable que hemos pasado!... Ni merienda, ni paseo, ni conversación... Luego una comida, con cara de fiscales, y ahora nuestra acostumbrada tertulia de la noche, en la que seguiremos sin hablarnos.

AUGUSTO.—¡Comprende que lo de esta tarde ha sido muy fuerte!... ¡Ese Ismael es de un atrevimiento y una osadía!...

DIEGO.—Si hemos de ser francos, yo creo que ha hecho bien.

AUGUSTO.—¡Diego!

DIEGO.—Muy bien. Cada uno debe hacer su santísima voluntad.

AUGUSTO.—¡Pero reconoce que la desfachatez y el atrevimiento de Ismael!

DIEGO.—¿Y la cortedad tuya pidiéndole trescientas mil pesetas?... ¿Y la de Leopoldo pidiéndole otro puñado de ellas? ¿Y la de tu madre arrojándole de casa?... Pues si todos habéis hecho vuestro repotente capricho, ¿por qué os extrañáis de que Ismael haya intentado salirse con el suyo?...

AUGUSTO.—Ese caballero ha venido aquí para...

DIEGO.—Cuidado, Augusto, no caigas en la imperdonable tontería de figurarte que los demás son tontos. Ismael vino aquí porque le convenía a él, no porque te conviniera a ti; y tú le has llamado por la conveniencia tuya, no por la de él.

AUGUSTO.—Claro.

DIEGO.—Pues cuando resulta claro lo ajeno, no hay razón para que esté oscuro lo propio. Y sería demasiado candoroso el suponer que

nosotros hemos de utilizar a los demás y los demás no han de servirse de nosotros.

AUGUSTO.—Pudo haber empleado otro procedimiento,

DIEGO.—Eso escuenta suya.

AUGUSTO.—Y convengamos en que no es correcto ni caballeroso el aprovecharse de las circunstancias, que nos colocan momentáneamente en una situación difícil, para tratar de dominarnos.

(Levantándose indignado.)

¡Ay, si no fuera por eso, a patadas sale de aquí esta tarde!

DIEGO.—¿A patadas?...

AUGUSTO.—¡Como me llamo Augusto!

DIEGO.—Entonces, en lo que convengo es en que estuvo muy acertado no hablando sino después de apoderarse de vosotros. Y no lo desapruebo. Harto ya de ver egoísmos con careta, no me disgusta encontrar una pasión que pelea al descubierto. Viene a ser lo mismo, pero es más noble; y un señor que tira por la borda cuanto le molesta, empezando, naturalmente, por la familia, lo encuentro admirable.

AUGUSTO.—¡Hombre, Diego!

DIEGO.—Y no podemos criticarle porque se deshaga de todos los obstáculos, ya que eso mismo haríamos nosotros si tuviéramos su arrojo y su carácter.

AUGUSTO.—No, lo mismo, no. El duque de Azaral no olvidaría jamás los miramientos debidos a una casa extraña... y ninguna persona razonable, ninguna, pretende casarse únicamente con la mujer, que la familia es algo también, ¡caramba!

DIEGO.—Trescientas mil pesetas para ti; cien mil para Leopoldo, y los desplantes de Angela. Esa es la familia en este caso, y ya ves que ha contado con ella.

AUGUSTO.—Yo me refiero a consideraciones de orden moral.

DIEGO.—En esas cantidades va incluida la moral también. Y si se casan, tú verás cómo esa misma moral os impide devolvérselas...

AUGUSTO.—Claro.

DIEGO.—Ya van dos claros. Sobran para estar de acuerdo.

AUGUSTO.—Supongo que vendrá por aquí... ¿Le has convencido de que no se marche esta noche?...

DIEGO.—Vendrá. No iba a quedarse en su cuarto...

AUGUSTO.—Y era una campanada irse a un hotel... ¿Qué dirían los criados?

DIEGO.—Lo que han oído decir a los señores.

AUGUSTO.—Pero, quedándose, y haciendo nuestra vida de costumbre, cabe explicarlo como una pequeña desavenencia, disipada ya correctamente.

DIEGO.—Sí, sí...

ESCENA II

DICHOS: CRIADO 1.º, por la derecha

CRIADO 1.º.—(*Entregando un telegrama a Diego; a Augusto*).—Don Alberto, el notario pregunta si podrá el señor duque recibirle.

AUGUSTO.—¿A estas horas?

DIEGO.—Sí. A estas horas lo pregunta.

AUGUSTO.—¿Será urgente?... Que pase al despacho.

(*Mutis, criado.*)

DIEGO.—Que os prepare.

AUGUSTO.—¿Para qué?...

DIEGO.—Para heredar.

(*Leyendo.*)

«Tío Sebastián, sin esperanzas. Prepare familia fatal noticia.»

AUGUSTO.—¡Qué lástima! ¡Era un hombre adorable!... Y esta mañana tuvimos un telegrama de mejoría que nos tranquilizó.

DIEGO.—In...

AUGUSTO.—¡No, no! Le queríamos entrañablemente y merecía todos los afectos por su bondad y su inteligencia...

(*Interrumpiéndose.*)

¡Estoy pensando en otra cosa!

DIEGO.—Me la figuro.

AUGUSTO.—En que esta desgracia me va a permitir el responder como se merece a las impertinencias y a las desconsideraciones de ese majadero de Ismael!

DIEGO.—Para incomodarte con más razón, aguarda a heredar.

AUGUSTO.—¡No puedes calcular cuánto daría por cruzarle la cara!

DIEGO.—Que te esperan...

AUGUSTO.—(*Marchando*).—Voy, voy.

DIEGO.—Quizás el tío haya hecho testamento aquí.

AUGUSTO.—(*Volviendo rápido*).—¿Testamento? ¿Y para qué? No hace falta, que soy el pariente más cercano.

DIEGO.—Por el placer de nombrarte. Pronto puedes salir de dudas.

AUGUSTO.—Voy, voy. Reserva el telegrama hasta que hablemos.

(*Mutis Augusto, por el foro.*)

DIEGO.—¿Que los prepare? Ya están preparados, ya.

(*Diego sube a la ventana y oye la escena siguiente.*)

ESCENA III

La CRIADA y un CRIADO, por la izquierda; luego otro CRIADO, por el foro.

CRIADA.—(*Entrando rápida tras el Criado 1.º*).—Oye, oye. ¿Qué te dió el señorito Ismael?

CRiado 1.º—Nada.

CRiada.—¡No seas embustero!

CRiADO 1.º—¡Cuando yo te digo que nada!

CRiADA.—¿Y qué salías guardándote en el bolsillo de adentro?

CRiADO 1.º—¡A ti qué te importa!

CRiADO 2.º— (*Entrando*). — Déjalo. Que lo guarde. Ahora que tú no entras a repartir en lo que ha dado de propina para todos.

CRiADO 1.º—¿Cómo que no?

CRiADA.—¡Naturalmente!

CRiADO 2.º—No vas a cobrar dos veces.

CRiADA.—¡Y siempre será más lo tuyo!

CRiADO 1.º—Es mentira, que no me dió nada.

CRiADA.— (*Echándole mano*). — ¡A ver lo que llevas en el bolsillo!

CRiADO 1.º— (*Empujándola*). — ¡Lò que me da la gana!

CRiADO 2.º—¡A verlo, hombre!

CRiADO 1.º—¡No me toques tú, porque te sacudo!

ESCENA IV

DICHOS: DIEGO, por la derecha, tranquilo y sonriendo; luego, ANGELA, por la izquierda.

CRiADO 2.º—¿Tú a mí, ladrón?

CRiADO 1.º—¡El ladrón eres tú!

CRiADO 2.º—¿Yo?

(*Se agarran y pelean los dos criados, y la criada queriendo separarlos*).

ANGELA.—¿Qué es esto?... ¿Qué vergüenza es esta en mi casa?

CRiADA.—¡Este, que nos roba!

CRiADO 1.º—¡Los que roban son ellos!

CRiADO 2.º—Mentira, que eres tú.

CRiADO 1.º—¡Vosotros!

CRiADO 2.º—¡Tú!

CRiADA.—¡Tú!

ANGELA.—¡Silencio! Y los tres quedan ustedes despedidos ahora mismo. ¡Los tres!

CRiADA.— (*Suplicando*). — ¡Señora Duquesal...

ANGELA.—He dicho que despedidos. ¡Fuera! Don Inocencio les dará a ustedes la cuenta.

(*Mutis, los tres criados.*)

ESCENA V

ANGELA y DIEGO

DIEGO.—De poco te escandalizas, prima Angela...

ANGELA.—¿De poco, dices?... ¡Estos lacayos, de alma de lacayos, que en cuanto cruza una moneda ante sus ojos muestran lo que son y de dónde vienen!... ¡Es un asco verse obligada a la compañía de estas gentes! ¡Pero los tiempos son de eso, de villanos y de codicias!...

DIEGO.—Si supieras cuántos llevan por dentro la misma librea...

ANGELA.—¡No!

DIEGO.—Entre los que visten frac, hay menos ocasiones de repartirse propinas; pero cuando el reparto llega se insultan y se destrozan lo mismo.

ANGELA.—No, Diego, no. Podrá haber egois-

mos semejantes, no lo dudo, pero hay más corrección.

DIEGO.—Como quieras. Ahora que yo, enfrente de una codicia, no apuesto un céntimo por libreas ni por fracs.

ANGELA.—¡Te engañas!

DIEGO.—Como quieras.

ANGELA.—(*Después de sentarse.*)—¿Qué haces de pie?...

DIEGO.—Crecer.

ANGELA.—¿Por qué no te sientas?... Y empezaremos la tertulia, que no hay razón para variar nuestras costumbres.

DIEGO.—¿No?...

ANGELA.—¡No!

DIEGO.—Bueno.

(*Se sienta aparte.*)

ANGELA.—La única manera de soportar las contrariedades es haciéndose superior a ellas. Por dentro puede uno sufrir... ¡debe uno sufrir!; pero nadie ha de conocerlo, para evitar-nos la mortificación de que nos compadezcan...

DIEGO.—Conformes.

ESCENA VI

DICHOS: CONSTANZA, por la derecha; luego CLARA y LEOPOLDO, por la izquierda

CONSTANZA.—Buenas noches...

ANGELA.—(*Secamente.*)—Buenas noches.

(*Constanza se sienta.*)

¡Diego!

DIEGO.—(*Que marchaba disimuladamente.*)
No me marchaba.

(*Se sienta. Pausa.*)

CONSTANZA.—Tardan en bajar...

DIEGO.—Sí.

(*Pausa.*)

CLARA.—Buenas noches, abuela...

ANGELA.—Buenas noches...

(*Se sientan. Pausa.*)

DIEGO.—Ha hecho un día hermoso... de temperatura.

ANGELA.—Sí.

CLARA.—El tiempo parece asegurado.

ANGELA.—Sí.

(*Pausa.*)

DIEGO.—La vaca ha muerto.

ANGELA.—Compraremos otra.

(*Pausa.*)

DIEGO.—Quizás no sea tan buena.

ANGELA.—Pero será distinta, y eso, por de pronto, ya es mejorar.

DIEGO.—Y después ya veremos.

ANGELA.—Todo necesitamos verlo: antes, parecen muchas cosas increíbles.

CONSTANZA.—Abuela...

ANGELA.—Hablo con Diego, no contigo. Pero si te molesta...

CONSTANZA.—Abuela...

(*Pausa.*)

DIEGO.—(*Aburrido, hace una pajarita de papel de periódico.*)—La velada promete...

LEOPOLDO.—Pero quién iba a sospechar que Ismael y...

DIEGO.—(*Después de mirarle.*)—Nadie.

CLARA.—Con aquella facilidad en el préstamo has debido sospecharlo tú también.

LEOPOLDO.—(*Digno.*)—De sospecharlo no habría acudido.

CLARA.—Eso ya no tiene remedio.

ANGELA.—¿Qué decís?

DIEGO.—Nada: pláticas de familia...

(*Pausa.*)

LEOPOLDO.—(*Levantándose.*)—Creo que no hemos puesto las corbatas en el baúl... Voy a ver.

CLARA.—(*Siguiéndole.*)—Deja, yo miraré.

LEOPOLDO.—No, yo iré.

CLARA.—Iré yo.

DIEGO.—No se nota que es un pretexto para largarse de esta cripta.

ESCENA VII

DICHOS: CRIADO, luego CRIADA, por el foro

CRIADO.—Señorito Leopoldo, que haga usted el favor de ir al despacho.

LEOPOLDO.—¿Para qué...?

CRIADO.—Le llama el señor duque.

CRIADA.—(*Rápida.*)—Señorito Diego, que vaya usted inmediatamente.

CLARA.—¿Pasa algo?

Mutis Leopoldo por el foro y criado.

DIEGO.—No. Que Augusto lleva unas horas discurriendo... y se le habrá calentado el motor.

CRIADA.—¡Que vaya usted de prisa!

DIEGO.—(*Saliendo lentamente.*)—Ya veréis cómo es eso.

(*Mutis por el foro.*)

CLARA.—¿Está solo el señor?...

CRIADA.—Con...

ANGELA.—Con quien sea; no tenemos curiosidad.

(*Mutis criada.*)

CLARA.—Sí la tenemos, abuela, sí.

ANGELA.—No. Siéntate.

(*Pausa.*)

ESCENA VIII

DICHOS: LEOPOLDO por el foro

LEOPOLDO.—(*Rápido.*)—¡Clara!... ¡Clarita!
¡Ven!

CLARA.—(*Asustada.*)—¡Ay! ¿Qué es?...

LEOPOLDO.—(*Cogiéndola.*)—¡Ven... ven!...

(*Mutis por el foro.*)

CONSTANZA.—(*Levantada; intranquila.*)—
¿Abuela?

ANGELA.—Nadie me llama; no tengo por que ir. Ve tú, si te parece.

CONSTANZA.—*Dejándose caer lentamente.*—
No... yo, no.

(*Pausa.*)

ESCENA IX

CONSTANZA y ANGELA

CONSTANZA.—¿Quieres tu labor?

ANGELA.—No.

CONSTANZA.—¿Quieres un libro... o un periódico?

ANGELA.—No.

(*Pausa.*)

CONSTANZA.—¡Abuela!... ¡Por compasión!
¡Háblame! Hace más daño este silencio y esta frialdad tuya.

ANGELA.—¿Para qué?... Tus opiniones no son las mías. Dicen que eres libre de escoger tu camino, ¿ya le escogiste?...

CONSTANZA.—(*Yendo a Angela.*)—¡Pero riñeme siquiera! ¡Riñeme, abuela!

ANGELA.—No. Ha pasado la edad de riñas y de consejos. Ahora estamos en las rebeldías, que se llaman voluntades, y en las faltas de consideración, que se llaman caracteres enérgicos. No queda más recurso que el destro-

zarte a ti... o destrozarme yo; no me seduce ninguno de los dos.

CONSTANZA.—(*Abrazándola*).—¿Ya no crees en mi cariño por ti?...

ANGELA.—(*Levantándose y apartándola fríamente*).—Un favor te pido, Constanza, un favor nada más. ¿Quieres a ese hombre?... Quiérello. ¿Vas gustosa a una alianza desigual?... Ve. ¿No te duele el romper los lazos de tu sangre?... Rómpe los. Pero no añadas la falsedad de mezclar el cariño suyo con el mío, que a mí no me puede querer quien se complace en arrancarme las ilusiones, las creencias, los prejuicios—si tú, más sabia, has decidido que sean prejuicios—pero, al fin, arrancarme de un golpe y para siempre cuanto he creído y adorado.

CONSTANZA.—Y contra esa injusticia, ¿qué voy a decirte yo?

ANGELA.—No digas nada, que será lo mejor.

CONSTANZA.—(*Deteniéndola*).—¿Pero qué he de hacer para convencerte?...

ANGELA.—Todo menos preguntarlo. Si han podido borrarse de tu recuerdo mis sacrificios y mis afanes; si no te preocupan mis años, que por viejos debían ser sagrados para ti; si no

compartes mis respetos a la tradición y al hogar, que yo te enseñé y que por lo visto no has aprendido... ¿qué te voy a aconsejar yo, Constanza, sino que te marches, que te marches, que te marches?...

CONSTANZA.—A tu socorro acudes, abuela, y no seré yo quien te replique; pero aún no dijiste nada contra Ismael.

ANGELA.—Ni pienso nombrarle.

CONSTANZA.—¿Le desprecias?...

ANGELA.—Aún no llegué a tanto.

CONSTANZA.—Pero si yo he de rechazarle, algo le diré!... Y ese algo me falta por saber. Todo lo que somos nosotros, y más que fuéramos, para nosotros está muy bien, y cuando hablas de estirpes, de líneas, de blasones, hablas de lo nuestro nada más; pero a él, a él, contra él, ¿qué digo yo, abuela?

ANGELA.—Eso mismo.

CONSTANZA.—No lo va a entender... Y quizás yo no encuentre seguridad en mi acento para evocar a los antepasados cuando él hable del porvenir, que es muy enorme la distancia y el calor no llega, aunque llegue la luz.

ANGELA.—Ese hombre no persigue más que ennoblecerse y dorar su dinero.

CAPILLA ALFONSO X

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CONSTANZA.—¿Tan poco valgo?

ANGELA.—¡¡Mucho!!

CONSTANZA.—Entonces, por mí puede venir...

ANGELA.—No lo creas, viene a emparentar solamente.

CONSTANZA.—Si las cosas no se miran más que del lado mezquino, ¡ay, abuela, con qué lógica podrían acusarme de ir tras de su fortuna!

ANGELA.—Tú no la necesitas.

CONSTANZA.—¿Y él nuestra parentela?... ¡Menos aún! Para nosotros, que respiramos esta atmósfera y no queremos averiguar si hay otras, sí que es necesaria, ¿pero... él?... él, que conoce de sobra que hay otros mundos y que se llega a la cima por otros caminos; él, poderoso y adulado; él, que se hizo a sí mismo, ¿va a creer que somos nosotros más que él?... No, abuela, no; Ismael me quiere.

ANGELA.—¡Estás engañada!

CONSTANZA.—También él lo está, imaginándose que yo merezco tanta lucha... Y también lo estás tú, que lo tratas de enemigo y aún si-gues sin decirme nada contra él.

ANGELA.—Y aunque te quiera, ¿es tan furioso, tan desesperado tu amor por ese advenedi-

zo, que no puede aguardar a convencerme de que te merece, ni aguardar siquiera a que yo desaparezca?...

CONSTANZA.—¡No digas eso!

ANGELA.—Tanta prisa os corre esa maldad para conmigo?

CONSTANZA.—¡No me martirices más, abuela!

ANGELA.—Es una ceguera, Constanza, una ceguera que ha de amargarte la existencia. ¿Quieres verme de rodillas?

CONSTANZA.—¡Abuela!

ANGELA.—Aplaza tu consentimiento hasta que yo desaparezca... Nada más que a eso... y yo te prometo que será muy pronto.

CONSTANZA.—¡Abuela!

ANGELA.—¡Por mí... por mí!

CONSTANZA.—¡Romperé!

ANGELA.—Aplazarlo basta...

CONSTANZA.—¡No basta, que aguardar por tu muerte es deseársela, y yo no trafico con el dolor ni aun para buscar la felicidad!

ANGELA.—No podríais ser dichosos.

CONSTANZA.—¡Romperé, abuela, romperé!

ANGELA.—Son tan diferentes vuestros pensamientos, vuestra cuna, vuestras ideas...

CONSTANZA.—¡Romperé, te digo! ¡Y no por

ideas, ni estirpes, ni blasones, que por muy amados que me sean, fantasmas son y de fantasmas no me guío!... ¡Pero romperé por ti, abuela, por tu cariño, por tus ruegos, por tu pena... que eso sí que es verdad, y eso y más sé que te debo!

ANGELA.—¡Constanza... Constanza... no sufras!...

CONSTANZA.—Déjame sufrir, abuela, que eso es lo menos que puedo hacer por mi cariño!

ANGELA.—(*Invocando.*)—¡Has oído mis ruegos!... ¡Gracias, Dios Todopoderoso, que miras y que velas por la raza de Azaral!

(*Mutis lento Angela por la derecha.*)

ESCENA X

CONSTANZA; ISMAEL, por la izquierda. ISMAEL, acercándose despacio, y al fin toca suavemente en el hombro a CONSTANZA.

CONSTANZA.—(*Que no ha visto entrar a Ismael.*)—Romperé, te digo...

ISMAEL.—¿Con quién hablas?

CONSTANZA.—(*Levantándose.*)—¡Ismael!

ISMAEL.—¿Con quién?...

CONSTANZA.—(*Dominándose suavemente.*)—Contigo... Sin saberlo, pero contigo hablaba.

(*Sonriendo, pero con visible esfuerzo.*)

Esta tarde no puedo responder... lo inesperado... eso es, lo inesperado... y yo te agradezco... te agradezco infi... infinito...

ISMAEL.—(*Cogiéndola, brusco.*)—¿El qué?... ¿Qué gratitudes son esas que vienen tan a des-tiempo que no aciertas a decirlas?

CONSTANZA.—Que yo no puedo aceptar...

ISMAEL.—(*Apartándose, sonriente.*)—¿Se niegan?

CONSTANZA.—¡Yo, yo!

ISMAEL.—¿Tú?... ¡Ellos, ellos! Los que aún pretenden conservar las castas, porque les ha ha ido bien con la diferencia. Ellos, ellos; pero ellos no sospechan que a fuerza de prescindir de nosotros, hemos llegado nosotros a aprender que no los necesitamos a ellos para nada. Son ellos, ¿verdad?...

CONSTANZA.—No...

ISMAEL.—Ni jurándolo, ni puesta en cruz, te

CAPILLA ALFONSO X

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

lo creo. Para mentir también se necesita experiencia, y tú no la tienes. A mí, por mí, no me espantan los siglos que pueda reunir un apellido, pues acostumbrado a luchar con hombres que se defienden, no voy a tenerle miedo a los fantasmas de una genealogía, que además ya acuden indefensos al combate, porque no pueden hablarme sino de lo que fueron, cuando yo les hablo de lo que ahora mismo soy. Lo presente es lo que vale; lo porvenir es lo que se cotiza; lo pasado no es más que lo que se descuenta.

CONSTANZA.—No tan en absoluto...

ISMAEL.—(*Cariñoso.*)—En absoluto, Constanza de mi vida, en absoluto. De todas las verdades que encontramos, la verdad más grande es la del momento; la futura... ya veremos si viene, y la pasada, sólo es cierto que ya pasó.

CONSTANZA.—Aún hay algo más...

ISMAEL.—Aún queda todo, puesto que aún quedamos tú y yo. ¿No me quieres tú, Constanza? ¡Para esto no basta el callarse y el bajar los ojos! ¡Es preciso la voz y el gesto y la mirada... todo! Porque, además de que tú lo digas, necesito convencerme yo. ¿No me quieres, Constanza?

CONSTANZA.—(*Suavemente.*)—No...

ISMAEL.—(*Soltándola.*)—¿No me quieres, Constanza?

CONSTANZA.—(*Sin defenderse, pero con más voz.*)—No, Ismael.

ISMAEL.—(*Soltándola.*)—Pero, ¿por qué... por qué? ¿Antes me querías?...

CONSTANZA.—Y ahora como antes; pero no alcanza para afrontar la lucha.

ISMAEL.—(*A media voz.*)—Mentira...

CONSTANZA.—No es lo bastante para sacrificar lo demás...

ISMAEL.—(*Más fuerte.*)—¡Mentira!

CONSTANZA.—Y prefiero que nos separemos... sin habernos unido.

ISMAEL.—(*A toda voz.*)—¡¡Mentira!! Has vuelto a dejarte prender en las mallas de esa quimera; pero yo las haré pedazos; yo las romperé. Ven tú a mí, que ellos vendrán también; pero antes de que vengan llorarán lágrimas de sangre...

CONSTANZA.—(*Sorprendida.*)—¡Ismael!

ISMAEL.—¡Y tendrán espantos de ruina y visiones de pobreza, que yo he de perseguirlos y acorralarlos y vencerlos!

CONSTANZA.—(*Espantada.*)—¡Ismael!

ISMAEL.—¡Yo los venceré, yo!

CONSTANZA.—(*Fiera.*)—Y a mí con ellos, que los míos son y no los abandono.

ISMAEL.—(*Sorprendido.*)—¡Constanza!

CONSTANZA.—¡Y a ti soy yo quien te rechaza, yo quien no acepta, yo quien no quiere, yo!

ISMAEL.—¡¡Constanza!!

CONSTANZA.—Yo soy. Ya puedes empezar a perseguirnos.

ISMAEL.—No los perseguiré. Contigo y por ti, nada era difícil; contra ti es imposible todo, que no hay en lo humano un modo violento de obligar a querer... Me entrego, me rindo, me doy por vencido... No los perseguiré.

CONSTANZA.—(*Piadosa ante la humildad.*)—Si ellos suplican y tú amenazas, ¿no comprendes tú, Ismael, que te pones del lado de perder?

ISMAEL.—¿Por qué es tu amor tan cobarde?...

CONSTANZA.—¿Es cobardía querer bien a los míos?...

ISMAEL.—¡Conmigo sí lo es, Constanza!

CONSTANZA.—¿Y por qué me pides tú, amor que naces, que yo sea ingrata con el amor que me hizo nacer a mí?...

ISMAEL.—Porque son distintos.

CONSTANZA.—Si es verdad que lo son, no te

enceles de los otros y discúlpame a mí porque yo guarde algo de lo mucho que me dieron, sin pedirme en cambio nada.

ISMAEL.—¡Quiéreme, Constanza!

CONSTANZA.—Si te quiero, Ismael...

ISMAEL.—¡Pues ven a mí!...

CONSTANZA.—No voy...

ISMAEL.—¡Lucha!

CONSTANZA.—No lucho...

ISMAEL.—No seas débil, no te acobardes...

CONSTANZA.—Si tuviera la valentía de abandonar a mi gente, mañana tendrías tú razón para decirme que sé abandonar... ¡No, Ismael!

ISMAEL.—¡Ven, Constanza!...

CONSTANZA.—¡No!

ISMAEL.—¡Mi Constanza!...

CONSTANZA.—No, Ismael, no.

ISMAEL.—Me doy por vencido; quiera Dios que no te des tú jamás por arrepentida.

CONSTANZA.—El lo sabrá.

ISMAEL.—El lo sabrá, pero no tú.

CONSTANZA.—Adiós, Ismael.

(*Mutis por la derecha.*)

ISMAEL.—Adiós.

(*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA XI

CLARA, LEOPOLDO, AUGUSTO y DIEGO, por el foro.
CLARA entra llorando y se sienta. Pausa. LEOPOLDO entra violento y se sienta zarandeando la silla. Pausa.

LEOPOLDO.—¡No llores, te lo agradeceré, Clarita, que ahora no estamos para atender a tus nervios.

(Pausa.)

AUGUSTO.—(Entra y se deja caer en una butaca. Pausa. Levantándose airadamente.)—¡En mi opinión, es una canallada! No tiene otro calificativo, ¡una canallada!

CLARA.—Un robo.

(Diego entra pausado y sonriente.)

LEOPOLDO.—¡Una estafa! Di que está muerto; ¡si estuviera vivo le...!

DIEGO.—Le esperarías a que muriera.

LEOPOLDO.—¿Yo?... ¡No me conoces!

DIEGO.—Ni tú...

CLARA.—¡Y no mereció ninguna de las atenciones que le prodigamos!

DIEGO.—No seáis injustos. El tío Sebastián...

AUGUSTO.—¡No vuelvas a nombrarle, te lo prohíbo! En esta casa no se pronunciará jamás el nombre de ese ingrato.

CLARA.—¡De ese traidor!

LEOPOLDO.—¡De ese infame!

DIEGO.—Ingrato, no; ni olvidadizo, tampoco. Sin debernos favores, nos deja a cada sobrino una manda de diez mil duros.

LEOPOLDO.—¿Y eso qué es, cuando nos debía toda la fortuna?

DIEGO.—¿Os debía?...

CLARA.—Sí, nos debía dejar...

DIEGO.—¡Ah!... Pues yo las estimo extraordinariamente, y lo único que siento, a más de sentir la muerte, es no tener siquiera una docena de parientes así, tan generosos.

CLARA.—Contigo se ha portado muy bien, pero con nosotros muy mal.

LEOPOLDO.—Porque tú no tenías ningún derecho a su herencia y nosotros sí.

AUGUSTO.—En rigor, vosotros, tampoco. El desposeído soy yo.

LEOPOLDO.—¿Tú?...

AUGUSTO.—¡Naturalmente! Soy el sobrino en primer grado.

CLARA.—¿Y lo que le hemos atendido, y las temporadas a su lado cuidándole?

AUGUSTO.—Lo mismo que yo. Y además le tuve en mi casa.

LEOPOLDO.—Con el dinero de todos; luego todos le hemos tenido.

CLARA.—Y nosotros pondremos el pleito a los herederos.

LEOPOLDO.—Con las cartas del tío en que me llama su sobrino predilecto.

AUGUSTO.—Poco a poco, ¿eh?... El pleito lo pondré yo.

CLARA.—Y nosotros.

LEOPOLDO.—Y lo ganaremos.

DIEGO.—Lo ganarán los abogados.

AUGUSTO.—Lo que yo te digo muy seriamente, Leopoldo, y confío en que no tendré necesidad de repetirlo, es que no te autorizo para que te entrometas en estos asuntos, que tú no tienes ningún derecho.

LEOPOLDO.—Ya veremos con las cartas.

CLARA.—Y no precisamos que concedas autorización.

AUGUSTO.—Os ponéis muy insolentes y me veré obligado a deciros lo que pienso de vuestra conducta.

LEOPOLDO.—¡Dilo, dilo!

AUGUSTO.—Pues lo diré. Que eso es querer despojarme por segunda vez.

LEOPOLDO.—Por lo visto, tú eras el que lo pretendías.

DIEGO.—Vamos, vamos.

CLARA.—Y tú no puedes hacernos esa ofensa a nosotros, que estás administrando como te da la gana nuestra fortuna y no te exigimos que la entregues.

AUGUSTO.—¡¡Basta, basta!! ¡Os entregaré inmediatamente vuestra legítima, por el gusto de no veros más, aunque sea menester que se pongan las fincas en pública subasta, ya que os portáis como unos saqueadores, como unos bandoleros!

LEOPOLDO.—(*Amenazándole.*)—¡No digaseso, tío Augusto!...

AUGUSTO.—Pues lo digo: ¡Bandoleros, bandoleros! ¡Peores que los del camino real...

CLARA.—(*A Leopoldo.*)—¡No se lo consientas!

LEOPOLDO.—(*Encarándose.*)—Te enfadas porque el negocio no te ha resultado.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

AUGUSTO.—¡Tú eres el que piensas mal!

LEOPOLDO.—¡No tanto como tú!

DIEGO.—Vamos, vamos...

LEOPOLDO.—¡Y como añadas una palabra, te estrangulo!

AUGUSTO.—¿Tú a mí?... ¡Mequetrefe!...

ESCENA XII

DICHOS; ANGELA, seguida de DON INOCENCIO, por la derecha.

ANGELA.—(*Que oyó y se detuvo horrorizada.*)—¿Sois vosotros?... ¿Vosotros, hijos míos, quienes sentís codicias de plebeyos y os expresáis con palabras de rufianes?... ¿Sois vosotros, hijos míos?... ¿Qué viento de tempestad ruge por nuestra casa?...

CLARA.—El tío Sebastián ha muerto...

DIEGO.—Ese es el detalle. Lo esencial es que la herencia pasa a otras manos.

ANGELA.—¿Y por tan poco os decís tantas injurias?... ¿Qué necesidad tenemos de unos ochavos más?...

AUGUSTO.—Madre, tú no sabes...

DIEGO.—(*Deteniéndole.*)—Calla; no es momento.

ANGELA.—¡Y os veo airados y enemigos y en cólera, precisamente cuando os traigo la buena nueva!

LEOPOLDO.—¿Un testamento posterior?...

ANGELA.—Es más aún que dinero. Es la voluntad de Dios, honrando siempre en la tierra a la raza de Azaral. ¡La Raza, que no perece, porque el cielo la ampara visiblemente, y hoy ha tocado en el corazón de Constanza, iluminándolo, y la sangre no se mezclará, corriendo pura y limpia por nuestros blasones!

AUGUSTO.—¡Madre!...

LEOPOLDO.—¿Abuela?...

CLARA.—(*A Diego.*)—¿Qué dices?

ANGELA.—(*Gozosa.*)—¿Aún no comprendéis?... Dígales usted que es verdad, don Inocencio.

DON INOCENCIO.—Verdad es. Del cielo baja esa luz.

AUGUSTO.—¿Pero el qué?... ¡Concluyel!...

ANGELA.—(*Gozosa.*)—¡Que yo la he convencido, que Constanza no se casará con Ismael!

CLARA.—¡Abuela!